

FAUSTINA KOWALSKA

Apóstol de la Divina Misericordia

Miguel Renuncio



Santos y Santas 288

CPL
editorial

Miguel Renuncio

**FAUSTINA KOWALSKA
APÓSTOL DE LA DIVINA
MISERICORDIA**



Santos y Santas 288
Centre de Pastoral Litúrgica

SUMARIO

Hace dos mil años	3
«Voy con Jesús»	5
«¿Hasta cuándo me harás sufrir?»	7
«Pinta una imagen según el modelo que ves»	10
«Reza incesantemente esta coronilla»	15
«Esta es la hora de la gran misericordia»	18
Tras la muerte de Faustina	21
Cronología	24
Para rezar	27
El día de tu santo	29

Hace dos mil años

¿Quién no conoce la parábola del hijo pródigo? Un hombre tenía dos hijos. El menor pidió la parte de la fortuna que le correspondía y se marchó a un país lejano, donde derrochó todos sus bienes. Cuando comenzó a pasar hambre, decidió regresar a la casa de su padre y pedirle que lo tratara como a uno de sus jornaleros. Sin embargo, en cuanto el padre lo vio llegar, fue corriendo hacia él, lo abrazó, lo cubrió de besos y mandó hacer una fiesta para celebrar su regreso, lo cual dejó desconcertado al hermano mayor (Lc 15,11-32). Con razón, este relato es conocido también como la parábola del padre misericordioso.

La actitud de ese padre, que se conmueve por haber recobrado sano y salvo a su hijo, es un reflejo de la actitud misericordiosa de Dios hacia la humanidad, porque «Dios es amor» (1Jn 4,8) y el amor «todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor no pasa nunca» (1Cor 13,7-8).

El mejor ejemplo de ello lo encontramos en Jesús, que cargó voluntariamente con nuestros pecados y, ofreciéndose como víctima inocente, murió en la Cruz para salvarnos. Él, que no había cometido ningún pecado –era el Hijo de Dios–, asumió el castigo que solo nosotros merecíamos y, al resucitar de entre los muertos, nos permitió alcanzar la salvación y la vida eterna. Por ello, podemos decir sin duda que, del

corazón de Jesús, traspasado en la Cruz, ha brotado la misericordia de Dios para todos los hombres y mujeres del mundo.

El problema es que nosotros, a lo largo de la historia, no siempre hemos sabido verlo de esta forma, y muchas veces nos hemos quedado con la imagen de un Dios justiciero, que premia a los buenos y castiga a los malos. Obviamente, los buenos serán premiados y los malos castigados –lo contrario sería injusto–, pero Dios quiere que todos nos salvemos y, como el padre de la parábola, en cuanto nos ve llegar, viene corriendo hacia nosotros, nos abraza, nos cubre de besos y manda hacer una fiesta para celebrar nuestro regreso.

Esta misma actitud es la que Jesús quiere que tengamos nosotros. Por eso, dijo a sus discípulos: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (Mt 5,7); y: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros» (Jn 13,34).

Pues bien, transcurridos muchos siglos desde que Jesús pronunció estas palabras, Dios quiso recordarle a la humanidad que su misericordia es infinita y, para ello, eligió a una sencilla chica polaca, cuyo nombre era Helena.